

Myriam Barnés Guevara
Los que lloran

El día en que conocí a Ana se escuchaba a su alrededor un sollozo desconsolado. Era mi segundo curso en la carrera de Matemáticas y estaba matriculada en el turno de tarde. Había perdido el hilo de la clase de Álgebra y buscaba con la mirada alguien conocido en clase, cuando empecé a oír un lamento triste que llamó mi atención. Era casi imperceptible, desgarrado y suave a la vez, pero que, si te detenías en él, se te colaba dentro y te estremecía las entrañas. Nunca había escuchado nada igual y descubrí que salía de una chica sentada en una esquina de segunda fila.

Era menuda, de piel muy blanca, el pelo oscuro y corto, le caía tapándole parte de la cara. La observé siguiendo la explicación entre atenta y pensativa. No tenía a nadie al lado, así que durante toda la clase no intercambié ninguna palabra, pero la vi mirar de reojo a otros compañeros que comentaban y se reían, escuché cómo crecía el llanto con ese gesto.

En la siguiente clase me senté a su lado.

—Hola.

Ana miró a su alrededor para confirmar que yo le hablaba a ella, y se sujetó el pelo detrás de la oreja.

—Hola —me sonrió tranquila.

—Soy nueva en el grupo de tarde, ¿tú?

—Yo, no.

Aquel día nos hicimos amigas.

Ella llegaba antes que yo y dejaba su carpeta en la esquina de la segunda fila, yo me sentaba en la mesa contigua. Intercambiábamos cotilleos y apuntes, bromas y ejercicios resueltos. Ana pasaba bastante desapercibida porque no participaba nunca de la explicación, pero lo entendía todo a la primera, y le gustaba.

A mí me parecía todo difícil, así que solía ser ella quien me dejaba sus notas. Se le daba bien contarme los conceptos que le apasionaban y era muy comprensiva cuando se me atascaba alguna demostración. Además, sé que le gustaba pasar horas así, porque cuando estábamos juntas en la facultad, yo dejaba de oír ese sollozo que la rodeaba. Ese sonido triste que siempre salía de ella se callaba cuando hacíamos matemáticas, cuando se separaba el pelo de la cara y me contaba los porqués de todo lo que resolvíamos. Se estaba convirtiendo en mi mejor amiga.

Un jueves le presenté a mis antiguos compañeros del turno de la mañana, la invitamos a venirse con nosotros de fiesta y accedió. Se puso un vestido verde, se alisó el pelo y se lo sujetó perfectamente. Sin embargo, los mechones se le acabaron descolocando y el sollozo no solo no desapareció, sino que aumentó poco a poco durante toda la noche hasta hacerse insufrible. Yo no entendía nada.

A día siguiente estuvimos comentando la salida en la cafetería y Ana se sentó con nosotros, pero no dijo una sola palabra.

—¿Te pasa algo? —le pregunté cuando entramos en el aula.

—No.

—Ayer no sé qué te hicimos, y hoy podrías haber hablado un poco.

—La verdad es que no me sale.

—Ah, perdona que no seamos tan listos como tú y hagamos cosas normales.

Yo estaba dolida y Ana me clavó la mirada un instante. Me fijé por primera vez que tenía los ojos grises y en ese momento se volvieron acuosos. Al girar la cabeza,

una mata de pelo le cubrió las mejillas y el sollozo creció en intensidad. Esa tarde se me hizo insoportable estar a su lado y la dejé sola, me salté las últimas horas de clase.

De camino a casa no dejaba de pensar en ella. Ana no era como los demás. Yo lo sabía desde el principio, pero la quería y sabía que ella a mí. Lo notaba en su manera de hablar conmigo y ayudarme, en cómo aceptaba todas mis propuestas y planes. Sin embargo, estaba aquel llanto, y daba igual lo que yo hiciera. El sonido le salía de lo más profundo y delataba esos lugares en los que se encontraba incómoda, en los que no quería estar. Yo podía ser su amiga, pero no cambiar la forma en la que sentía el mundo.

Al día siguiente volví a su lado y ella se apartó el pelo antes de hablarme.

—Pensé que ya no te sentarías más aquí.

—Aunque seas un poco rara, me caes bien.

Ella hizo un amago de colocarse el pelo, pero se lo acaba de recoger, así que me sonrió tímida, con la boca y con los ojos. Yo le sonreí también. Esa tarde el sollozo fue muy leve, casi imperceptible. Estaba contenta.

Pasamos juntas los siguientes cursos.

Ana me ayudaba a estudiar y, aunque la mitad de las veces me tenía que explicar sus ocurrencias, las clases con ella eran sorprendentemente divertidas. A pesar de ello, yo era su única amiga de la facultad. Ana no hablaba con nadie más y me frustraba su incapacidad para lidiar con cualquier otro aspecto de la vida fuera de las matemáticas. Odiaba aquel llanto terrible que salía de ella. Odiaba la sensación de no ser suficiente, de que estando conmigo se siguiera sintiendo sola.

Entonces ocurrió.

Era nuestro último año de carrera y Ana esperaba con ganas la asignatura de Teoría de números. Cuando el profesor entró en clase yo empecé a notar un sollozo como el que había oído el día que conocí a Ana. No era el mismo. Me había acostumbrado ya a ese sonido lastimoso que la rodeaba, a esa sensación de desamparo que le salía de dentro. Este era un lamento distinto, más largo y grave, con más angustia.

—Veamos un problema para abrir boca —oí decir al profesor—. Si tenemos un entero n , yo os digo que, n y n elevado a cinco, tienen la misma cifra en las unidades. ¿Cómo lo demostramos?

—Podemos usar el Corolario del Teorema de Fermat.

De pronto el llanto nuevo paró. Ana tenía la mano levantada y era la primera vez que yo la veía participar en clase. El profesor sonrió y se rascó la cabeza. Era alto, flaco, tenía el pelo desordenado y llevaba un jersey verde con coderas que le venía grande.

—¿Quiere salir a la pizarra?

Ana se ruborizó, pero se colocó el pelo, se levantó de la silla y cogió la tiza. Empezó a escribir y yo lo copié todo sin entender nada. El profesor la felicitó y continuó con la clase. Yo observé que aquel llanto nuevo, aquel sonido triste, venía de él. Surgía cuando nos miraba a todos, apabullados y aburridos con su teoría sobre la divisibilidad, pero enmudecía cuando reparaba en Ana, cuando veía que ella sí seguía su razonamiento. Era una señal.

—Ha sido brutal, ¿no crees? —le dije a mi amiga al salir, aunque yo no me había enterado de nada.

—Me ha gustado, sí. Y el profesor es bueno.

—No te ha gustado, te ha flipado, si hasta has salido voluntariamente.

Ana sonrió y se sonrojó.

—Tienes que ir a su despacho, podrías hacer la tesis con él.

—Calla, eso está muy lejos.

Ana me dio largas, pero pasaron las clases y yo lo veía cada vez más claro. Mi amiga y aquel hombre eran iguales. Les apasionaban aquellos juegos del pensamiento que no comprendíamos los demás y eso era justo lo que los separaba del resto. A los dos los acompañaba el mismo llanto, pero tenían también la conexión, la manera de acabar con él.

Terminó el curso y ella sacó matrícula de honor. Yo suspendí. Le pedí que viniera conmigo a la revisión.

—¿Qué haces aquí, Ana? —el profesor sonrió y se rascó la cabeza al verla aparecer. Ana se apartó el pelo y le contestó que venía conmigo.

—¿Puedes quedarte un rato cuando terminemos? —ella asintió antes de que él terminara de hablar—. He encontrado un problema que puede gustarte.

El despacho olía a cerrado, tenía una única luz artificial demasiado blanca y estaba atestado de papeles encima de muebles viejos. Me fijé en que no había un solo dibujo de niño, tampoco un marco de fotos.

Entre Ana y el profesor me ayudaron a entender qué había hecho mal en el examen y luego salí para dejarlos a solas. Pasó un rato y yo escuchaba desde fuera el murmullo de su conversación, pero la puerta no se abrió. Pasó media hora y me senté a leer en el pasillo. Pasó una hora y empecé a cansarme. Llamé a la puerta y abrí. Ana escribía en la pizarra blanca situada en el centro, el profesor pasaba el dedo índice por las páginas gastadas de un manual. Me sorprendió que el despacho parecía haber cambiado, la habitación seguía cerrada, pero en el ambiente se respiraba aire fresco, la luz también era distinta, ahora tenía más color, era más naranja.

—Ay perdona, que no me he dado cuenta de la hora —dijo Ana al verme, y luego miró al profesor—, me tengo que marchar.

—No, no —la interrumpí yo rápidamente—, es porque yo me voy ya. Luego hablamos ¿te parece?

Ana me sonrió y al asentir se le descolocaron un par de mechones. Yo hice un amago de salir.

—Espera —dijo de pronto y se asomó por la puerta—, ¿tienes un coletero para dejarme?

Me quité la goma azul que llevaba en la muñeca y se la presté.

—¿Qué pasa? ¿te vas a soltar el pelo? Perdón, a sujetar —la chinché.

Me dio un codazo y se hizo un moño. Entonces me pareció escuchar una risa pero en sus labios no había ninguna.

—Luego te llamo —me dijo. Y cerró la puerta.

La risa seguía ahí y era suave, como de niño que juega, tímida, una risa de alivio. Y luego se le unió otra, más grave, como la risa de cuando acaba un chiste, cuando lo empiezas a entender. Bajé las escaleras y las dos risas se acompasaron. Noté con cada escalón cómo reían más y más fuerte, cómplices, cómo se engrandecían la una con la otra, cómo retumbaban y se salían de las paredes de la facultad, cómo cruzaban el césped y los árboles, cómo olían a primavera.